

MEDIDAS PREVENTIVAS DE SALUD A FINALES DEL SIGLO XIX EN LA CIUDAD DE MEXICO: UNA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA

PREVENTIVE HEALTH MEASURES IN LATE 19th CENTURY IN MEXICO CITY: ARCHAEOLOGICAL EVIDENCE

Alfredo Feria C.¹
arqueologoferia@hotmail.com

Recibido: mayo 31, 2013 / Aceptado: agosto 28, 2013 / Publicado: agosto 30, 2013

RESUMEN. En la época prehispánica, en México, por la ignorancia, la falta de medidas sanitarias y la falta de medicamentos específicos, prevalecían un sinnúmero de enfermedades entre la población. Las más importantes eran las enfermedades infecciosas y parasitarias que, en forma de epidemias, determinaban la muerte de un gran número de pobladores, principalmente niños, jóvenes y mujeres en edad reproductiva. Muy pocas personas llegaban a edad avanzada, por lo que eran consideradas como sabias y de especial jerarquía.

Esto no fue muy diferente en la época de la conquista y los siglos subsecuentes, principalmente en las zonas perimetrales de la Ciudad de México, en los llamados “cinturones de miseria”.

En el convento que funcionó en la orden de los Betlemitas, perteneciente al Banco de México y considerado como uno de los edificios históricos más representativos del Siglo XVIII se encontraron numerosas y muy valiosas evidencias que han permitido llegar a extraordinarias conclusiones en materia de estilos de vida, condiciones sanitarias, enfermedades prevalentes, medidas preventivas y procedimientos terapéuticos durante la época prehispánica y en los siglos XVII al XX.

PALABRAS CLAVE: Evidencias arqueológicas, prevención, salud, Ciudad de México, siglo XIX

ABSTRACT. In Mexico, probably due to knowledge deficiencies and the lack of sanitary measures and specific therapeutic drugs, in the prehispanic era there was a large amount of illnesses. The most important diseases were the parasitic and infectious diseases that as epidemic episodes produced a large amount of deaths, mainly of children, young people and women in their reproductive life. Very few persons reached advanced age, being considered as wise, respected and with a special hierarchy.

This was not substantially different during the conquest and subsequent centuries, mainly in the peripheral areas around Mexico City, in the so called “misery belts”.

The convent in which functioned the Bethlehemite congregation, now belongs to the *Banco de México* and is considered as one of the most representative historic buildings of the XVIII century. Inside the building, numerous and very valuable evidences have been found related to life styles, sanitary conditions, prevalent diseases, preventive measures, and therapeutic procedures during the prehispanic era and from XVII to XX centuries.

KEY WORDS: Archaeological evidences, prevention, health, Mexico City, XIX century

¹ Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro INAH – Tabasco. Plutarco Elías Calles 401, Villahermosa, C.P. 86040, Tabasco, México. <http://www.inah.gob.mx/>

Introducción

Dentro de la dinámica de cualquier sociedad, existen diversos aspectos que hacen a una sociedad diferente de la otra. Uno de los aspectos, quizá el más importante, es la conceptualización del mundo y el papel que juegan dentro de él como grupo humano y como unidades particulares.

En la sociedad prehispánica estaba intrínsecamente relacionada la actividad del individuo, así como la forma de morir, con el lugar en el cuál cerrarían el ciclo vital, donde posiblemente permanecerían eternamente. Generalmente se creía en la reencarnación, la cual dependía de la actividad que desarrollara el individuo y de cómo se vivió terrenalmente.

Concluida la Conquista de México, algunos grupos indígenas mantuvieron las raíces fundamentales del pensamiento prehispánico, lo cual originó la conformación de un nuevo sincretismo con la cultura española.

Montoya, citado por Matos [1], nos habla sobre la creencia de la reencarnación dentro de una comunidad en el estado de Puebla, donde se enfatiza la importancia de las acciones de los hombres como pasaporte a una mejor o peor vida:

Aquellos que cumplieron con los mandamientos almas buenas... se vuelve a introducir en el vientre de una mujer para nacer de nuevo y convertirse una vez más en cristianos. Pero si se trató de un hombre malo... en lugar de renacer en el vientre de una mujer lo hará en el de una animal, el vientre de una res, de un puerco o de un perro, muere el animal y muere el alma.

Podemos darnos cuenta claramente de que tanto en la sociedad prehispánica como en la novohispana, e inclusive hasta en nuestros días, se mantiene la creencia de que hay que llevar una vida ejemplar para tener un buen sitio después de morir, temiendo terminar en la obscuridad eterna. Es por esto que no se medita sobre la vida sino sobre la muerte, conllevando así a pensar que la vida humana sólo representa un segundo comparado con la eternidad que le depara la muerte, con la espantosa y agonizante alternativa de que esa eternidad puede significar el infierno [2].

Durante la Colonia, la sociedad indígena se enfrenta a las epidemias, un nuevo peligro hasta ese momento desconocido para ellos, las cuales fueron aportadas por la llegada de los españoles y diseminadas gracias a la ayuda de varios factores como lo fueron la insalubridad, la mala alimentación, los trabajos forzosos y extenuantes de la esclavitud y por la ignorancia de cómo combatirlos, entre otras causas. Se ha mencionado en varias investigaciones que a pesar del gran conocimiento que tenían los antiguos mexicanos sobre el manejo de plantas medicinales, transmitido generacionalmente, no pudieron contrarrestar directamente estos grandes males. Sin embargo, el uso de algunos remedios a base de plantas y frutos continuaron utilizándose como medidas preventivas contra algunas de las nuevas enfermedades.

Es entonces que durante la Colonia en la ciudad de México se suscitaron una serie de eventos que desencadenaron una oleada de enfermedades que crecieron hasta lograr una muy alta mortandad que impactó a toda la sociedad sin importar clase social ni sexo.

Inicialmente, estos grandes males afectaron directamente a la clase indígena, pero poco a poco se fue extendiendo hasta involucrar a los más altos mandos del país. Una de las mayores causas fue la insalubridad persistente en la ciudad, generada por las inmensas cantidades de desperdicios como los desechos de los tianguis y mercados, además de otras causas igualmente peligrosas para la salud pública.

Desafortunadamente, la Colonia heredó al siglo XIX todo ese mal manejo de las reglas de sanidad aun cuando el Ayuntamiento ya se había hecho cargo del control de las condiciones sanitarias. A pesar del esfuerzo que empleó esta instancia, no fue suficiente para erradicar las inmundicias. Aún para el XIX, la mayoría de las calles no tenían banquetas, las acequias que cruzaban la ciudad se componían de aguas sucias y pestilentes, ya que se acostumbraba tirar en ellas toda clase de desperdicios [3], y en general la ciudad

estaba infestada por mendigos y pordioseros quienes, sin ningún pudor, realizaban sus necesidades en la vía pública.

Para esta época, la Corona española todavía detentaba el dominio político de la Nueva España y se encargaba de su operación, lo cual representaba un gasto muy elevado por cubrir. En el caso de la capital y de los suburbios, esto representó una alta carga financiera para el ayuntamiento de la ciudad, por lo que los gastos debieron ser reducidos al mínimo, y esto tuvo como consecuencia un mal servicio de salubridad en general.

Es por esto que las instituciones que pudieran brindar estos servicios y que no representaran una carga económica para la Corona, tuvieron una acogida especial por parte de la sociedad y un crecimiento insospechado, además de consolidar su poder e influencia sobre todo en los estamentos criollos.

Con matices y reacomodos indispensables, el siglo XIX y su caudal de avances científicos y tecnológicos cambiaron radicalmente la forma como la sociedad humana concebía hasta entonces la vida.

El mundo de oscuridad que apenas habían logrado iluminar el siglo de las luces y la Ilustración francesa, fue devorado por el torbellino que desató la irrupción de la luz eléctrica, la invención del daguerrotipo, la linterna mágica, el fonógrafo, el teléfono, el telégrafo y la instalación del ferrocarril entre otros inventos más. Aunado a este impacto gradual pero decisivo, el avance científico, en el campo de la medicina por ejemplo, hizo pensar a grandes franjas de la humanidad que la vida podía prolongarse más allá de lo imaginado: cada vez más, quedaba cancelada la búsqueda de esa fuente de eterna juventud que durante siglos fuera la más cara preocupación de la civilización occidental.

Las condiciones de salud pública y su gran flagelo, las epidemias, significaban un problema constante para la población. Las fuentes nos informan que durante este siglo existieron varias de ellas que dejaron como resultado un número elevado de decesos en la muy diezmada sociedad neoclásica de la ciudad de México. Por mencionar un ejemplo, en la fiebre epidémica de 1813, cuando la capital del país contaba con sólo 83,190 habitantes, la mortandad fue de 17,267 personas, es decir, el 20.76 % de la población [3]. De igual manera, el sarampión, la escarlatina, el cólera morbus, entre otras, fueron causas de que la mortandad se incrementara alarmantemente.

Según Gayón Córdova, había una relación entre el número de muertos y el sitio donde estos habían habitado. En las zonas perimetrales, preámbulos de los cinturones de miseria del siglo XX, existía un mayor índice de mortalidad, debido en parte a la pobre alimentación y a la deficiencia de los servicios públicos. De lo anterior, concluye que la zona más cara de la ciudad era la que correspondía a la parroquia del Sagrario, en el corazón de la metrópoli, con un costo que iba de 44 a 65 pesos el metro cuadrado. La cifra iba descendiendo al acercarse a las afueras de la ciudad, donde los precios oscilaban entre 11 pesos y 20 centavos el metro cuadrado. Esta relación entre la cantidad de muertes por parroquias y el costo del metro cuadrado por zonas, podría indicarnos que los servicios públicos “se concentraban en unas cuantas calles centrales y no se caracterizaban en general por su eficiencia” [4].

Los riesgos de mortandad eran tan inminentes que para aminorar las consecuencias de la epidemia de cólera de 1820, la Junta de Sanidad Municipal propuso unas “medidas de salubridad pública” que dan una idea exacta de la situación:

Primero: debe zelarse que en los cementerios se haga la competente profundidad a la sepultura de los cadáveres. Segunda: debe hacerse que los carretones que extraen las inmundicias las arrojen a alguna distancia de la población, prohibiéndose que la gente ociosa recoja en los tiraderos los trapos y petates inmundos, que acaso han servido a muertos y enfermos, pues todo debe quemarse. Tercera: la limpia de las atarjeas es nociva dejando los pantanos y légamos en las calles hasta su desecación, por lo que podrían extraerse en carretones. Cuarta: debe prohibirse la ubicación de las tocinerías en el centro de la Ciudad. Quinta: la limpia de los caños descubiertos cuando se remueve el lodo con

palas, es incómoda y perjudicial, por lo que además debe prohibirse que se hicieran derrames de inmundicias en ellos, y que no barriesen para las atarjeas, sería mejor hacer dicha limpia con agua de los pozos. Sexta: las albarradas, las calles de la acequia y otras varias calles se ven poco aseadas, y sus inmundicias vician precisamente el aire [4].

Sin embargo, fue hasta el Porfiriato cuando el ayuntamiento destinó recursos importantes para el desagüe de la ciudad de México. A este periodo corresponden el incremento en la población de la capital del país y una mejora real en los servicios públicos de salubridad. Los esfuerzos, sin embargo, no tuvieron toda la eficiencia que se esperaba. Cuando la capital era azotada por las lluvias, partes de la ciudad permanecían anegadas durante meses, incrementando la insalubridad y hediondez de la metrópoli. Por lo demás no siempre se desazolaban los canales, regularmente contruidos a cielo abierto, que conducían las aguas negras.

El abastecimiento de agua potable era igualmente precario: se lograba conduciendo el líquido por acueductos, abiertos o cerrados, que alimentaban fuentes públicas. Los aguadores, típicos personajes, eran encargados de surtir el líquido a las casas particulares. El inconveniente de dicho sistema de abastecimiento era que, en esas mismas fuentes, los animales abrevaban y los léperos tomaban sus baños, propagando así enfermedades a diestra y siniestra por toda la ciudad.

Es por todo esto que la población, empujada por ese gran miedo de verse sorprendida por la muerte, crea poco a poco una forma de pensar basada en las ideas del positivismo, que derivaba en un mayor cuidado de la higiene personal y en los controles sanitarios, evitando en ocasiones las fatales consecuencias. Sin embargo, aún persistían métodos basados en supersticiones y magia que no habían podido ser desterradas de la conciencia colectiva como lo demuestra Gostkowski, quien en 1899 publicó haber notado que en varias casas de apariencia ricas y humildes, tenían pequeños faroles con vidrios rojos o verdes con motivos que se referían a preservar a éstas casa de la visita del tifus o del cólera, mencionando que el color rojo se refería al tifus y el color verde para el cólera.

Evidencia arqueológica

A finales de 1990 se desarrolla, en el centro de la ciudad de México, un importante proyecto de restauración arquitectónica en uno de los inmuebles históricos más representativos del siglo XVIII, ahora perteneciente al Banco de México y que funcionó como Convento de los Bethlemitas. Dicho inmueble data de finales del siglo XVIII y se encuentra ubicado en la esquina de las calles de Bolívar y Tacuba en el Centro Histórico del Distrito Federal. El objetivo principal del proyecto era la recuperación de los niveles originales del edificio en su totalidad, ya que el Banco de México proyectaba hacer el hoy Museo Interactivo de Economía (MIDE).

Los Bethlemitas fueron la primera orden hospitalaria fundada en América. Tenían la misión de atender a los enfermos convalecientes, ya que muchos de ellos morían durante ese proceso, y lo hacían sin distinguir razas ni estratos sociales, lo cual les garantizó la aceptación y el apoyo inmediato de la sociedad novohispana.

Uno de los objetivos propuestos dentro del proyecto de restauración del inmueble fue el vincular las evidencias arqueológicas recuperadas al contexto que les dio origen, es decir, mostrar cómo funcionaban éstas dentro de un contexto sistémico.

Dentro de las excavaciones que se llevaron a cabo, se recuperaron un sinnúmero de materiales arqueológicos pertenecientes a ocupaciones que van desde el siglo XVII hasta el siglo XX. El proyecto permitió llevar a cabo una serie de investigaciones de temas variados, dando la oportunidad de reproducir procesos sociales durante diferentes periodos temporales con temas específicos.

En el caso específico de la salud, se encontraron algunos objetos que estaban estrechamente relacionados con su cuidado. Arqueológicamente se observó que en contextos anteriores al siglo XIX, la presencia de contenedores de productos farmacéuticos era escasa, teniendo identificados solamente dos fragmentos de vasijas: una en vidrio ámbar, la cual presenta grabado un escudo, posiblemente de la ciudad de Castilla, y otro fragmento de cerámica rojo pulido que presenta, grabada en oro, parte de la letra "A". Además, se encontraron algunos albarellos que inferimos que se trata contenedores de medicamentos y/o venenos, posiblemente utilizados por los hermanos de la orden de Nuestra Señora de Belém para tratar algunos padecimientos de los enfermos que se encontraban hospitalizados.

En contraposición, las ideas generadas por la Ilustración fueron diseminándose desde el viejo continente hasta la Nueva España, atribuyendo a las enfermedades un origen menos divino y de más causalidad biológica. De acuerdo a esta tendencia positivista y al adelanto en el pensamiento científico, en el sector de la salud se dieron cuenta de que podían prevenir algunas enfermedades empleando ciertos artefactos de higiene personal como el cepillo dental, la pasta de dientes, cepillos para cabello y el peine liendrero, así como el uso de cinturones magnéticos y la toma de algunos tónicos, entre otros medicamentos más.

Del grupo de objetos utilizados para la higiene personal, recuperados en contexto arqueológico, algunos estaban fabricados en hueso y otros en marfil, lo que manifiesta la importancia de elaborar, con materiales de calidad, artefactos relacionados con la salud, limitando así la obtención de dichos objetos a clases sociales altas y dejando a la clase baja totalmente fuera del acceso a su uso, y más por ser éstos importados del viejo continente.

El estudio arrojó que la mayor concentración de estos objetos estaban fechados para finales del siglo XIX y principios del XX, y que guardaban relación con el cuidado de la salud. De esta manera, se observó que ocho piezas de la muestra eran cepillos de dientes, un mondadientes y tres peines liendrerros. Estos últimos cobraron mayor importancia cuando se dio a conocer que el tifo era transmitido exclusivamente por el piojo [5], marginando así la idea de la prevención divina del farol, lo cual provocó el uso cada vez más cotidiano del peine liendrero.

Otro importante grupo de materiales arqueológicos que denotaron esta tendencia a prevenir las enfermedades bajo este pensamiento positivista, fue el vidrio. Se recuperaron algunas botellas, casi todas de color verde o azul, con base cuadrangular, fechadas también para el mismo periodo de los siglos XIX-XX, que presentaban leyendas impresas por molde que hacían referencia a productos medicinales.

Conclusión

A manera de conclusión, podemos decir que el cambio hacia el positivismo de las concepciones de la sociedad novohispana en el siglo XIX, quedó plasmado y registrado en el contexto arqueológico con una importante concentración de materiales de hueso, marfil y vidrio con una marcada tendencia al cuidado de la salud y que fueron fechados para finales del siglo XIX y los albores del siglo XX. Paralelamente, las páginas de diarios, periódicos, almanaques, catálogos, etc., se vieron inundadas por la gran variedad de anuncios publicitarios referentes a productos medicinales que reflejan tangiblemente la preocupación de la sociedad de entonces por cuidar la salud, sin olvidar que parte de ese impulso fue generado por la ambición mercantilista que se estaba conformando en el mundo, motivaciones que también tuvo la sociedad decimonónica para emplearlos e incorporarlos en su vida cotidiana.

Uno de los aspectos más importantes en el registro arqueológico es que ningún objeto mencionado apareció en contextos fechados para los siglos XVII, XVIII y principios del XIX en el ex convento hospitalario de los Bethlemitas en la ciudad de México, aun cuando este inmueble albergó a la orden que innovó en la Nueva España el cuidado de los convalecientes.

REFERENCIAS

1. Matos, E. (1996). *Muerte a filo de obsidiana*. Fondo de Cultura Económica, México.
2. Benitez, F. (1985). *Los demonios en el convento*. Edit. Era, S.A. de C., México.
3. Maldonado, C. (1995). Ciudad de México 1800-1860: Epidemias y población. INAH, Colección Divulgación, México.
4. Gayón, M. (1988). *Condiciones de vida y de trabajo en la ciudad de México en el siglo XIX*. INAH, Cuadernos de trabajo No. 53, México.
5. Rodríguez, J. M. (1916). *La epidemia del tifo actual*. Boletín del Consejo Superior de Salubridad, México.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- Amaro, B. (1996). *Estudio morfológico de objetos de marfil y hueso en el ex Convento Hospitalario de Bethlemitas*. Archivo del Proyecto arqueológico exconvento de Bethlemitas INAH-CNMH, México.
- Amaro, B., Nieto, E., Rivera, A., Urban, I. (1995). *Nuevas rutas en materiales arqueológicos*. Ponencia presentada en el IX Simposio Internacional de Arqueología Guatemalteca, Guatemala.
- Cardenas, E. (1991). *Temas médicos novohispanos*. IMSS, México.
- Cuenya, M. A., Malvido, E., Lugo, A. M., Oliver, L. (1992). *El cólera en 1833. Una nueva patología en México. Causas y efectos*. INAH, México.
- Feria, A. Tesis de licenciatura. (1996). *Reconstrucción de una fonda del siglo XVIII en el exconvento de Bethlemitas*. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- De Gortari, H., Hernández, R. (1988). *Memorias y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*. DDF, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México.
- Gostkowsky, G. (1899). *De París a México. Par les Etats-Unis*. Stock Editeur, Francia.
- Florescano, E., y Malvido, E. (1982). *Ensayo sobre las epidemias en México*. IMSS, México.
- Maldonado, C. (1976). *Estadísticas vitales de la ciudad de México (siglo XIX)*. INAH, Colección Científica, Fuentes N0. 31, México.
- Montoya, J. (1964). *Emografía en un pueblo nahua*. Dirección de Investigaciones Antropológicas, INAH, México.
- Moreno, A. y Lombardo, S. (coord..) (1984). *Fuentes para la historia de la Ciudad de México 1810-1979*. Vol. 1, Siglo XIX, México.
- Nieto, E. Tesis de licenciatura. (1996). *Reconstrucción funcional de una cantina del siglo XIX en el exconvento de los Bethlemitas*. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Sears. (1993). *The 1902 edition of the Sears, Roebuck Catalogue*. Edición Facsimilar, New York, USA.